

MEDITACIÓN SOBRE EL TEMA DEL AÑO «YO SOY LA INMACULADA CONCEPCIÓN» – 1/3

María llena de gracia

El Ángel entró en su casa y la saludó, diciendo: «¡Alégrate!, llena de gracia, el Señor está contigo» (Lc 1,28).

Estas son las palabras con las que el Arcángel Gabriel se dirige a María. Así, el saludo del ángel a María es una invitación a la alegría, a una alegría profunda, la que anuncia el fin de la tristeza que encuentra su causa en el pecado y sus consecuencias, el sufrimiento, la injusticia, la miseria y la muerte. La lista de nuestras oscuridades es larga. Así que este saludo marca el comienzo del Evangelio, de la Buena Noticia.

Pero, ¿por qué se invita a María a alegrarse de esta manera? La respuesta está en la segunda parte del saludo: «El Señor está contigo». En estas palabras contemplamos el cumplimiento de las dos promesas que Dios había hecho a su pueblo Israel, promesas que recorren todos los libros del Antiguo Testamento: «Dios vendrá como salvador y habitará precisamente en medio de su pueblo, en el seno de la Hija de Sión (Israel)».

Desde luego, en el diálogo entre el ángel y María se cumple precisamente esa promesa: María es identificada con el pueblo desposado con Dios, es verdaderamente la Hija de Sión en persona; en ella se cumple la expectativa de la venida definitiva de Dios, en ella habita el Dios vivo.

En el saludo del ángel, María es llamada «llena de gracia», en griego el término «gracia», charis, tiene la misma raíz lingüística que el término «alegría». Para María la alegría encuentra su fuente en la gracia, es decir, proviene de su comunión con Dios, de su relación vital con Él, del hecho de ser la morada del Espíritu Santo. María vive plenamente del Señor y en relación con él. Esta relación también implica estar inserta en la fe y la esperanza de su pueblo. Sí, María es la primera peregrina del santo y fiel Pueblo de Dios. Y como está «llena de gracia» está en el centro de la «procesión». Esto lo intentamos expresar, de forma tardía e imperfecta, en la procesión de las antorchas. Esta procesión ejemplifica las palabras del apóstol Pablo: «Pero donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia». Por eso la procesión de las antorchas es una procesión «popular», porque expresa la alegría y la acción de gracias del Pueblo de Dios al Dios que nos da a la Inmaculada, esa mujer, madre, llena de gracia, que es de nuestra raza, de nuestro tiempo y de nuestra historia.

Otro aspecto, entre muchos, es el de comprender que la apertura del alma a Dios y a su acción en la fe incluye también el elemento de la oscuridad. La relación del ser humano con Dios no borra la distancia entre el Creador y la criatura. Pero precisamente aquellos que, como María, están totalmente abiertos a Dios, consiguen ser receptivos a la voluntad de Dios. Aunque muchas veces esto no corresponde a nuestra propia voluntad y «una espada debe atravesar el alma» (Lc 2, 35), como fue el caso de María cuando Jesús fue presentado en el templo. Vio la alegría de la Anunciación, pero también pasó por la oscuridad de la crucifixión para poder alcanzar la luz de la Resurrección.

También nosotros, en nuestro camino de fe, encontramos momentos de luz y al mismo tiempo experimentamos la ausencia de Dios.

Y en este sentido, José, el esposo de María, es un modelo ineludible de la presencia luminosa de Dios en el corazón de las limitaciones propias de toda vida humana. Escuchemos lo que nos dice el papa Francisco sobre la persona de José: «Jesús vio la ternura de Dios en José: “Como un padre siente ternura por sus hijos, así el Señor siente ternura por quienes lo temen” (Sal 103,13). La historia de la salvación se cumple creyendo “contra toda esperanza” (Rm 4,18) a través de nuestras debilidades. Muchas veces pensamos que Dios se basa solo en la parte buena y vencedora de nosotros, cuando en realidad la mayoría de sus designios se realizan a través y a pesar de nuestra debilidad... Si esta es la perspectiva de la economía de la salvación, debemos aprender a aceptar nuestra debilidad con intensa ternura.

El Maligno nos hace mirar nuestra fragilidad con un juicio negativo, mientras que el Espíritu la saca a la luz con ternura. La ternura es el mejor modo para tocar lo que es frágil en nosotros. El dedo que señala y el juicio que hacemos de los demás son a menudo un signo de nuestra incapacidad para aceptar nuestra propia debilidad, nuestra propia fragilidad. Solo la ternura nos salvará de la obra del Acusador (cf. Ap 12,10). Por esta razón es importante encontrarnos con la Misericordia de Dios, especialmente en el sacramento de la Reconciliación, teniendo una experiencia de verdad y ternura.

Paradójicamente, incluso el Maligno puede decirnos la verdad, pero, si lo hace, es para condenarnos. Sabemos, sin embargo, que la Verdad que viene de Dios no nos condena, sino que nos acoge, nos abraza, nos sostiene, nos perdona. La Verdad siempre se nos presenta como el Padre misericordioso de la parábola (cf. Lc 15,11-32): viene a nuestro encuentro, nos devuelve la dignidad, nos pone nuevamente de pie, celebra con nosotros, porque “mi hijo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado” (v. 24).

También a través de la angustia de José pasa la voluntad de Dios, su historia, su proyecto. Así, José nos enseña que tener fe en Dios incluye además creer que Él puede actuar incluso a través de nuestros miedos, de nuestras fragilidades, de nuestra debilidad. Y nos enseña que, en medio de las tormentas de la vida, no debemos tener miedo de ceder a Dios el timón de nuestra barca. A veces, nosotros quisiéramos tener todo bajo control, pero Él tiene siempre una mirada más amplia» (Papa Francisco, Carta Apostólica Patris Corde, 2021).

El padre dominico Guy Touton, en su libro «Marie au plus près des Ecritures et de la Tradition» (María lo más cerca posible de las Escrituras y la Tradición), hablando de la Madre de Dios, «la llena de gracia», «la Inmaculada Concepción», escribió: «María, el fondo de un ser en verdad».

En efecto, en la persona de María, «llena de gracia», contemplamos la victoria de Dios sobre la miseria, el pecado y la muerte. Esta victoria de Dios, que es para nosotros, se anticipa en la persona de María. Sí, en María contemplamos lo que somos para Dios. En ella, y gracias a los méritos de Cristo, se cumple la promesa de Dios, es la mujer de la Promesa, es el refugio de los pecadores.

Dado que esta meditación se dirige a los directores de peregrinación y a los presidentes de las hospitalidades que, por su misión, están como «inmersos en la gracia de la pastoral de Lourdes», me tomo la libertad de sacar algunas conclusiones pastorales de lo que se acaba de decir.

Lourdes es el Santuario de la Inmaculada. Y esta presencia nos abre los ojos a las realidades centrales de nuestra fe, el pecado y la gracia. Pensemos en la realidad de la incompreensión e indiferencia de nuestras sociedades hacia el pecado y la gracia. Ahora bien, estas realidades están estrechamente relacionadas con la Inmaculada Concepción.

Primero el pecado. El pecado significa no alcanzar la meta, no estar a la altura de nuestra identidad como hombre y mujer, vivir por debajo de nuestras posibilidades. Cuatro «autos» pueden ayudarnos a comprender esta realidad: la auto-suficiencia en lugar de la fe en Dios; la auto-nomía en lugar de la apertura y la receptividad a la voluntad de Dios; el auto-centrismo en lugar de la generosidad y la entrega; el auto-ritarismo en lugar de la búsqueda de la verdad y la comprensión de que su verdadera fuente está en Dios.

Como Inmaculada Concepción, María es un modelo de apertura a Dios, de apertura a su voluntad de entrega y de apertura a la búsqueda de Dios. Es un modelo apremiante que nos invita a la conversión.

En un mundo amado por Dios y que se centra en la autarquía de la secularización absoluta del individuo impermeable a la necesidad de la Redención, la presencia de un santuario de la Inmaculada es una hermosa oportunidad para repensar el sentido de la Redención.

La Inmaculada Concepción es un ejemplo luminoso del amor redentor de Dios. Si nos alejamos de Dios, es él quien se vuelve hacia nosotros.

En el diálogo entre María, «la llena de gracia», y Bernardita, descubrimos que:

El verdadero amor es incondicional, más fuerte que la muerte. Ese amor es libre, libre más allá de la razón. Ese amor es creador y re creador. Da vida y restaura la vida. Ese amor te hace vulnerable porque está dirigido hacia el otro. Esa fidelidad en el amor es costosa, causa sufrimiento y puede ser fatal («los amó hasta el final», Jn 13, 1). Ese amor tiene un poder revelador. Es una invitación a hablar, a confiar, a entregarse. Es el amor que reconcilia y une. Une sin destruir, libera una fuerza recíproca. Así, la perfección en el amor coincidirá con la venida definitiva de Cristo («la felicidad del otro mundo», 3ª aparición). La alegría es la compañera del amor. Ese amor es belleza y suscita amor («Vi a una muchacha envuelta en luz que me miraba y sonreía... y yo la miraba tanto como podía», Bernardita).

P. Horacio Brito
Misionero de la Inmaculada Concepción de Lourdes
Capellán General de la HNDL